

Antonio de Undurraga

Zodiaco de la Poesía chilena en 1941

(Continuación)

II

X

Presencia y Memoria, por Gustavo Ossorio, Rosamel del Valle, en un volante impreso y que se reparte con la obra a guisa de prólogo, nos presenta al poeta diciendo que éste, en vez de haber cogido el camino de una poesía fácil, de vigilia, optó por la bella desgracia—tales son sus palabras, sin duda, hermosas—de una poesía oscura.

Pero, como vamos a dilucidarlo, salta a la vista lo endeble de la presentación de Rosamel del Valle, desde un punto de vista sobriamente estético. Y tanto es así, que para refutarlo, ni siquiera se precisa examinar sus afirmaciones. Nos basta con ir a la poesía de Ossorio, a quien condujo, si hemos de decir la verdad, a una verdadera desgracia.

Empero, hablar de Gustavo Ossorio, siempre será un oficio delicado, por cuanto estamos frente a una sensibilidad superior, culta, y por lo que es aun más extraño en nuestro ambiente, ante un virtuoso de las letras. No se precisa conocerle, para medir la intensidad de su consagración tan entrañable.

La lectura de su libro, nos ha producido la sensación de que el poeta ha sido traicionado por su arte poética. En efecto, su poesía transcurre en una atmósfera de sueño, de incoherencia, de vigilia rota, que no alcanza a ser sueño y que, viceversa, es poco vigilia:

«Soy quien vengo del suspendido enigma.
Soy yo, que vengo a divulgar el sueño.
El sueño tenso entre dos piedras calladas.
Levantado hacia la estrella que se desata en tu nombre
Y llena de cosas secretas la obscuridad».

Sin embargo, esto que es evidente para nuestra sensibilidad, se precisaba probarlo desde un punto de vista crítico y, sin aspavientos, creemos haberlo conseguido. En efecto, nos fué posible constatar que el poeta ha malgastado, en esa técnica errada a que ya aludimos, hermosas oraciones, eficaces metáforas, etc. O sea, innumerables recursos literarios que le habilitan para cimentar una poesía lúcida, de vigilia perfecta, el polo opuesto a «la bella desgracia» de que habla Rosamel del Valle, y he aquí una prueba: tomando fragmentos suyos de uno y otro poema, nos ha sido posible construir la siguiente estrofa, en extremo lograda:

«Yo encomiendo la noche a tu guardia fiel, (pág. 33)
¡Oh, lámpara fija que tú pueblas!, (pág. 33)
Creciendo cada vez un poco más, (pág. 34)
como un pájaro transparente, debilitado y eterno, (pág. 76)
corro, hurtando al viento mi rostro que te reservo, (pág. 74)
corro deshabitado entre terribles furias ausentes, (pág. 74)
entreabro la blanca llama, (pág. 73)
que me impide llegar a tus ciudades, (pág. 73)
y un ojo terrible va creciendo en su noche, (pág. 62)
y me quedo abismado entre rotas columnas», (pág. 74)

En suma, creemos que Gustavo Ossorio, como Rosamel del Valle, y éste sí que ya sin retorno, en gran parte ha errado su destino poético, ha destruído símbolos y posibilidades, en donde debiera haber creado limpia y, lúcidamente. Sin embargo, nuestro juicio no va tan lejos, como para afirmar que su futuro está en clasificar sus fragmentos poéticos, como el arqueólogo que coge los hermosos trozos de mármol que han de ser utilizados en la restauración del templo a que pertenecieron o debieron pertenecer.

XI

División Aurea, por Modesto Collados. En un prefacio nacido de su pluma, Collados nos dice, entre otras cosas: «En los trozos que siguen, son visibles las huellas de los estudios matemáticos: hay en ellos reflexiones y, a veces, expresiones que les tocan de cerca». Sin embargo, esta afirmación, no nos parece sino una débil máscara que oculta en un entendimiento desprovisto de aptitudes para la poesía:

«Para llegar al Universo impuesto
por la mano de Dios al claro día,
yo quise reducir a Geometría
el mecanismo de su inmenso gesto».

(La búsqueda).

En el segundo cuarteto—se trata de un soneto—prosigue este clima abstracto, pero al llegar a los tercetos, surge un erotismo expresado a su modo matemático y por lo mismo tan desagradable como estos versos:

«Sólo al llegar mi búsqueda al postrero
paso, ve deslumbrada junto al brillo
del puente de tu piel—rosado acero
que desde tu frente a tu tobillo, etc.»

Yo en el segundo poema, ha olvidado por completo su boato de índole matemática, nos dice:

«El mar es un viejo
bufón conocido,
con su cuello blanco
y su azul vestido.

Artífice, brujo,
payaso y poeta,
con sombras y espumas
rima una pirueta».

(Teatro)

Lo vulgar, la ausencia de imaginación, un continuado mal gusto, constituyen el acervo que, su capa de una inconcusa profundidad, invade la obra:

«Me han desafiado mis dos enemigos.
Tú, puntero inicial, veloz, urgente,
Oh, Tiempo inexpugnable,
frío mármol, frágil cristal, rígido Tiempo;
y tú, oh Espacio, oh Realidad múltiple y vana
indefinida y seca, indiferente».

Pero el extravío literario de Collados, es aun mayor que el concepto que de su poesía nos podríamos haber formado, con sólo leer el prefacio de su «División Aurea». En efecto, en el poema «Lluvia de frac» (título tomado posiblemente del conocido poema de Juan Marín, «Un ford de frac»), expresa:

«Te morderé
seno de fresa,
cintura azul.
tenaz cadera.
mimbres sutil,
oh, madre selva.
Te beberé
la piel sedienta.
Seco sudor
moja la espera.
Te robaré
la voz interna, etc.»

La poesía es algo muy disímil a lo que parece haber entendido por tal, Modesto Collados. Por otra parte, los hombres de nuestra época están muy distantes de ser un espejo de los del Renacimiento. Hoy, en poesía, el «amateur» queda de por sí desplazado.

Finalmente, cabe señalar que esta obra fué uno de los tres libros premiados por el Jurado.

XII

La Estrella en el Agua, por María Cristina Menares. La poetisa abre su libro con estos versos:

«Ay,
Qué blanca la flor,
la flor de cristal,
la flor que en espuma
se quiere bañar, etc.»

(La estrella en el agua)

Para luego proseguir con otros de este corte:

«Caballo de nácar
corcel de la luna,
corriendo de noche
por campo de alfalfa, etc.»

(Nocturno del caballo blanco)

«La niña se va a la nieve
porque quiere patinar,
sobre la luna deshecha,
sobre la tierra de sal, etc.»

(Novia del algodón)

«El niño de los pies desnudos
tiene amarrada una estrella,
a que baile con el aire
juega».

(Niño del volantín)

«Cantando la molinera
viene a bañarse al estero.
(Por escaleras nevadas
suben guitarras al cielo).

(Molinera)

«La niña del aro rojo
quiere teñir la mañana
y lanzar la rueda viva
como manzana».

(Manantial)

Descalza en el agua danzando la niña,
al beso de nieve la espuma se anima».

(Niña del agua)

De los trozos transcritos—como a través de una linterna mágica—se ve y deduce que su poesía, no es sino un fatigado trasunto del arte poética de García Lorca. Innecesario sería verificar un cotejo. Es muy posible que ni siquiera encontraríamos versos parecidos en los libros y dramas del maestro granadino, pero la procedencia es indudable y María Cristina Menares, no agrega nada de su propio cuño. Por el contrario, torna feble lo que era un metal de pura ley, y débil a lo que en García Lorca, fué vitalidad creadora.

La poesía es siempre algo mucho más hondo que el vacuo deleite de barajar un naipe de vivos colores.

XIII

Romances de Santiago del Nuevo Extremo, por Carlos René Correa. Los géneros históricos son, indudablemente, los más difíciles. Todo hay que reconstruirlo y, en forma muy especial, la emoción. Carlos René Correa, lo ha abordado con una poesía bien estructurada:

«Nació Pedro de Valdivia
hacia mil quinientos dos;
Serena de Extremadura
conoció su hidalga flor;
¡son catorce las ciudades
que lo llaman infanzón!

(Don Pedro de Valdivia)

Los temas escogidos pertenecen, casi por entero, a la época colonial. He aquí porqué el conjunto se resiente de cierta monotonía. Y en esta temática, sólo coge el lado conventual de aquel período, estando excluidas las facetas galantes y políticas.

En suma, hay ausencia de temple histórico y el aspecto negativo de la obra lo constituye su falta de fuerza. A menudo el verso pierde alcornica y se hace débil, vulgar:

«Esclavo de la aventura
con América soñó;
el oro de sus montañas
le quitaba la razón».

(romance ya citado)

«En la iglesia Catedral
rezaban los señorones
mientras los cohetes sonaban
entre los arcos de flores».

(De la patria vieja)

«En la cañada española
hubo gritos de la patria;
desde los campos de Maipo
don Bernardo regresaba:
nació entonces la Alameda
en un papel dibujada...».

(La Cañada)

Finalmente, los romances de mayor equilibrio nos parecen: «La Cañada», «Escudo de la ciudad» y «Recoleta».

XIV

Esquinas del Viento, por Mila Oyarzún. No poco desasosiego nos ha producido la denominación de esta obra. En efecto, atribuirle al viento: ángulos, aristas, una existencia estática, nos parece por antinatural, antipoético. Pero la autora se encarga de aclararnos el concepto y, al parecer, alude a los puntos cardinales:

«Siete lunas que te busco
en la rosa de los vientos»,

(Mensaje)

«Los árboles, lago y luna
ya conocen su secreto:
para no olvidarlo anudan
las cuatro esquinas del viento».

Es imposible que Juana de Ibarbourou, que tan inmensa sugestión ejerce sobre nuestras poetisas, le haya conducido a este título, con su obra «La Rosa de los vientos».

Los metros que Mila Oyarzún emplea con más frecuencia, son el alejandrino y el romance, siendo para el primero—fuera de su nota personal—su fuente de inspiración más verídica el libro de Neruda, «Veinte poemas de amor y una canción desesperada» y para el segundo, los volúmenes de García Lorca, intitulados «Primeras Canciones» y «Romancero Gitano». Tan es así que en «Las bodas cordilleranas», dice:

«La aldea en traje de novia
se desposó con el río,
asistieron de etiqueta
los árboles del camino.

El horizonte, de obispo,
les puso las bendiciones,
y el viento, de monaguillo,
batió campanas de bronce».

En efecto, estos versos nos recuerdan algunos de Carlos René Correa, y la famosa canción de García Lorca:

«El lagarto está llorando.
La lagarta está llorando.

El lagarto y la lagarta
con delantalitos blancos.

Han perdido sin querer
su anillo de desposados.

.....

El sol, capitán redondo
lleva un chaleco de raso».

(El lagarto está llorando. . . , pág 167. Ed. Losada)

Pero la poetisa, insiste en el tema lorquiano y en la penúltima estrofa del citado poema, dice:

«El río, amante gitano,
se fugó con la albrada;
le dejó un collar de sombras
y una pulsera dorada».

Del mismo modo, en «Consejos»:

I

«¡Ay que te duele!
¡ay! que me cansa
ser lado...!
Estudia más geometría
ya que te gustan los triángulos».

Pero García Lorca, en «Es verdad», exclama:

¡Ay, qué trabajo me cuesta
quererte como te quiero!

Por tu amor me duele el aire,
el corazón
y el sombrero».

(Primeras canciones», pág. 174)

En el «Romance de la niña mujer», Mila Oyarzún sigue la huella, pero remotamente, de «La casada infiel», de García Lorca:

«ya se abrían las espuelas
de sus oscuros silencios,
poniendo llave en su risa
y almidones en sus gestos».

Y el poeta granadino:

«se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.

.....

El almidón de su enagua
me sonaba en el oído
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos».

(Romancero gitano», pág. 46. Espasa-Calpe, 1935)

Algo parecido ocurre con los romances «El emplazado», de García Lorca y «Gitanerías» de Mila Oyarzún. Dice esta última:

«No salgas nunca los sábados
y martes por la mañana,
días maduros de angustias
que los astros no acompañan;
tu corazón es tormenta
por una mujer extraña,
—quizá te clave alfileres
y tu suerte se adelgaza—
y no te sonrías, niña,
que así lo afirma la espada.

Caminos, largos caminos
mordiéndolo frutas amargas;
tú le buscas y él se aleja
sabiendo cómo te daña;
honoros tendrá muy luego
y para ti no los gana:
¡qué ha de ganarlos si tiene
un hechizo sobre el alma,
una cruz sobre su nombre
que aquella mujer le traza!

No puedo seguir más, niña,
tengo un sol en la garganta...
Cuida de una noche negra
que puedes quedar muy blanca».

Y García Lorca, en «El emplazado», dice:

El veinticinco de junio
le dijeron a el Amargo:
—ya puedes cortar si gustas
las adelfas de tu patio.
Pinta una cruz en la puerta
y pon tu nombre debajo,
porque cicutas y ortigas
nacerán en tu costado,
y agujas de cal mojada
te morderán los zapatos.
Será de noche, en lo obscuro,
por los montes imantados
donde los bueyes del agua
beben los juncos soñando.
Pide luces y campanas.
Aprende a cruzar las manos
y gusta los aires fríos
de metales y peñascos.
Porque dentro de dos meses
yacerás amortajado».

(Obra citada, pág. 99)

También cabe señalar que este personaje garcía-lorquiano: «El Amargo» le indujo a crear «Dureza» la protagonista de su «Romance de Niña Amarga»:

«Allí va por los caminos
Dureza, la niña amarga:
es una caña su cuerpo
y alimonada su cara».

Pero este «cuerpo de caña», no es sino el de Antoñito, el Camborio, creación de García Lorca. Dice el Camborio:

«—¡Ay, Federico García
llama a la Guardia Civil!
Ya mi talle se ha quebrado
como caña de maíz».

(Obra citada, pág. 87)

En este mismo romance nos narra el poeta español que:

«Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
con una *vara de mimbre*
va a Sevilla a ver los toros».

(Obra citada, pág. 79)

Pues bien—aunque parezca un caso de buen humor—esta «vara de mimbre», que se tornó «chicote de apio» en el «Cancionero sin nombre» de Nicanor Parra, también figura en otro de los poemas de Mila Oyarzún. En «Consejos» (poema ya citado) II Parte, dice:

«Toma varilla de mimbre».

En cuanto a Neruda, cabe citarle como el mentor de su

ira amorosa. Aunque el parecido sea a veces impreciso, sin embargo, el aire es siempre el mismo:

1—Del sol cae un racimo en tu vestido obscuro. (Poema N.º 1)

El río anuda al mar su lamento obstinado. (Canción Desesperada)

Oh, la cópula loca en que nos anudamos
y nos destrenzamos (id)

Tanta pasión anudada a mi cuerpo (id)

2—Tu presencia ha encendido mil soles en mi cuerpo,
y por eso es que quiero anudarme a tu vida
como se anuda al mundo la corbata del tiempo.
(Hombre)

1—Sólo la sombra trémula se retuerce en mis manos.
(Canción Desesperada)

2—Para que tú las siembres en tus noches opacas
y naufrague tu ausencia amarrada a mis brazos.
(Hombre)

1—Soy el desesperado, la palabra sin ecos. (Poema N.º 8)

Estabas lejos como ahora

.....
¿Quién llama? ¿Qué silencio poblado de ecos?

.....
¿Quién eres tú, quién eres? (Canción Desesperada)

2—¿En dónde vaga ahora tu palabra sin voz?

¿En qué astro se rompen tus ojos de silencio?
(Duelo)

1—hora mía entre todas. (Canción Desesperada)

2—eslabón de estas horas que las sentimos nuestras,
porque el paso en la tierra es un día infinito. (Eros)

1—La lámpara de mi alma te sonrosa los pies,
el agrio vino mío es más dulce en tus labios,

oh segadora de mi canción de atardecer
¡cómo te sienten mía mis sueños solitarios! (Poema N.º 16)

2—Si mi sonrisa ausente se quedó entre tus pasos,
mi corazón se agita como un pañuelo triste
y el mejor de mis vinos se agostará en mis vasos.
(Desaliento)

En «Romance del Capitán» sigue a don José Zorrilla, pero con poca ventura:

«Capitán don José Pedro:
¿Cómo el amor has jurado
sin pensar que desde lejos
la Virgen te está escuchando?
el honor, tu gallardía, etc.»

Finalmente, en el tono del poema «Eros» y, más aun, en su construcción, surge demasiado patente Juana de Ibarbourou, cuando dice:

«Bésame, amado, que hay sedientas mil bocas
.....
Tómame, amado, hasta que tu carne y la mía
sean trozos de angustias sollozando en la nada».

Y la uruguayaya:

«Tómame ahora que aun es temprano
Y que llevo dalias nuevas en la mano.
Tómame ahora que aun es sombría
Esta taciturna cabellera mía». (La Hora)

Estas semejanzas no tendrían mayor importancia, si la poetisa hubiese sabido transubstanciar las esencias poéticas de sus mentores, ya que todos los grandes poetas—volvemos a repetirlo—han precisado de pétalos ajenos para crear una flor propia; pero en el caso que nos ocupa sucede todo lo contrario. En efecto, tanto la ambición desmedida de Mila Oyarzún, como lo primitivo e improvisado de su técnica, la llevan a una poesía que nos da el aire de un instrumento musical desafinado. Del mismo modo, con frecuencia, cae en la vulgaridad:

«para llevarte en cada cardinal de mi mapa
el polen del recuerdo entregarán mis horas». (Reproche)

Por excepción, hay en su libro algunos versos de verdadera calidad, como aquel en que dice:

«tu corazón prendido al vuelo de los pájaros...»

Finalmente, cabe señalar que su obra fué uno de los tres libros premiados por el Jurado.

XV

Trillada Fábula en pro de la Abolición del Colmillo, por Fernando Onfray. Se trata de un folleto de ocho hojas, con tres ilustraciones (collages) de Braulio Arenas. Y si se tiene en cuenta que el título consta de nueve palabras, ya podéis formaros una idea del buen humor de Fernando Onfray.

Fué, sin duda, un privilegio del audaz entendimiento de Marinetti, haber podido vivir y sentir la post-guerra de 1914-1918, antes que se declarase. Pero el caso de Onfray no admite clasificación. Es tardío como post-guerra de 1914 e insignificante como primicia de la de 1930.

En «El signo equívoco», nos dice:

«Timbres indelebiles
 Las llaves cierran el agua
 El centro del corazón
 Animal se detiene
 Todas las agujas
 Hechas para el martirio
 En vela
 En carne propia
 En un arrancar
 De cosas de tierra».

XVI

La Mujer Mnemotécnica, por Braulio Arenas. Frente a este cuadernillo de Arenas, vano sería hablar de surrealismo, creacionismo, etc., ya que su mismo autor se encarga de decirnos que en él todo es azar, capricho y, más aun, desconocimiento de sus versos:

«Como base invitación simulacro
 Yo me entretengo en copiar las palabras aisladas que escucho
 A mi alrededor
 Corresponden en realidad
 A
 Este poema yo no lo sé». (Estrella útil)

Por instantes cultiva lo que se ha dado en llamar el feísmo, pero un feísmo sin estilo, dice:

«Hasta decir
 en una noche
 la inutilidad del amor
 de los caballos

de las vacas
de los dentistas
de la madre aftosa».

En ciertos casos su modalidad se aproxima al surrealismo:

«Figurad paredes absortas
Tal a vosotras mujeres en corpiños
Salidas recién de vuestos sueños
Creáis el alba con una sola orden».

Mas, a menudo cae en la simple vulgaridad:

«yo estoy aquí desde hace un momento
desde toda mi vida
en el fondo yo te amo
quisiera esperarte un momento más
pero me es imposible».

.....

«La vida
Las mujeres
La vida
Las mujeres».

Por excepción, ciertas expresiones suyas nos recuerdan las de algunos maestros. Dice:

«La imbecilidad
partida en dos».

Por su parte, Huidobro:

«luego una mirada
partida en dos». (Ciudadano del olvido, pág. 21)

Del mismo modo su:

«noche en la piel de los pies».

Y Federico García Lorca:

«Noche de los tejados y la planta del pie». (Mundo)

En suma, en el entendimiento de Arenas, toma cuerpo un fenómeno espiritual muy parecido al decadentismo de las ya fenecidas escuelas literarias de la post Guerra Mundial.

XVII

René o la Mecánica Celeste, por Jorge Cáceres. Nos fué dado conocer a este poeta, por intermedio de «Fábula», revista bonaerense que publicó un soneto suyo, bien estructurado, que era, a su vez, una reminiscencia de los de Rafael Alberti. Pero en el libro que ahora comentamos, Cáceres ha cambiado de rumbos por completo:

«Sobre un trineo que los pájaros acarrear
Desde hace tanto tiempo sobre las puertas de ónix
Cuando durante tantos años por vosotros rebaños multicolores
Yo escuchaba el rumor de la loba en la puerta del bosque
Un collage de Braulio Arenas torcía mi vida totalmente».

(¿Por qué hacer el juego de la gran esfinge?)

Pero prosigue:

«La actividad surrealista de Braulio Arenas es más exacta que los huevos en sus cáscaras. Los collages que él ha realizado, están destinados a figurar en todos los catálogos del surrealismo universal».

Sin embargo, aunque el poeta se esfuerza sinceramente en estructurar un surrealismo tan traído de los cabellos, el resultado nos parece una endeble secuela creacionista. Huidobro está muy cerca de Jorge Cáceres, tanto en lo espiritual, como en lo geográfico: Chile.

Si bien Cáceres, posee una imaginación aguda, no construye ni siquiera en el mínimo requerido para dar cauce a un hermoso divagar y sus imágenes carecen de fuerza:

«Lejos de los destellos que encantan los jardines
Un puente para que los colores yerren
El canto de los plumajes es más perpetuo
que los nidos en el fondo de la fuente».

(El menor esfuerzo)

Al traer a colación su deficiente manejo del lenguaje, es preciso señalar el desprecio que ciertos miembros del grupo literario a que pertenece Jorge Cáceres, sienten por la poesía de habla española. Espronceda, verbigracia, no tiene para sus entendimientos poéticos ninguna categoría frente a Byron. Es así como olvidan o desconocen que en manos de aquél está toda una etapa de superación del castellano y que, por este sólo hecho, tiene para un poeta que escribe en español, más importancia que el lírico inglés.

Lo más surrealista de sus versos—por la medida de verdad que contienen—nos parece esta autodefinition suya, aunque sea condicionada:

«Después de tu partida de cada mañana, de cada minuto que
[se retuerce como un latido
—Quien soy yo sino un juglar que juega con cuadros imposi--
[bles—»

(La prueba de fuego)

XVIII

Vecindario de Palomas, por Andrés Sabella. El legado que hizo Gabriela Mistral a la poesía chilena, al escribir sus rondas y poemas para niños, hasta el presente, no había encontrado un pulso verdaderamente capaz de incrementarlo. Empero, Andrés Sabella aparece en esta obra, como un moderno continuador de la poetisa.

El libro se inicia con el poema intitulado «Congreso de la Fábula», en que los reyes de los puntos cardinales charlan con una precisión de lenguaje e imaginación dignas de elogio. Las palabras y los giros son simples y a pesar de ello, todo el conjunto es vigoroso:

«Yo—dice el rey del punto Norte,
metido en armadura de alelíos—
en mis dominios corregí
el sonar de los ciclones».

Y en forma análoga, cada uno de estos soberanos hace uso de la palabra y la expresión le sale a pedir de boca. Empero, al hablar de este poema no podemos olvidar la prodigiosa técnica de José María Eguren. En la flora poética no existe el hongo que entre el orto y la puesta de sol exhibe una corporeidad perfecta donde antes no había nada. En poesía, cada poeta y cada escuela tienen su antecedente y en el caso que nos ocupa, Sabella, supo asimilarse, al margen de la imitación, las lecciones de Eguren.

A «Congreso de la Fábula» le sigue en el libro «Disputa y consecuencia», que según nuestro juicio, es uno de los más señeros de la obra por su notable sencillez, lustre imaginativo y economía de vocablos con que está escrito:

«¿Qué llevan en la espalda
los jorobaditos?

Un mundo,
en cuyos polos
hay una puerta
con tres centinelas.

No.
Frutas para el invierno.

Tampoco.
Su novia muerta.

¡Cómo os equivocáis!
El jorobadito
es un contrabandista
de tréboles de cuatro hojas».

A continuación siguen otras composiciones notables como: «Noviazgo del señorito blanco y la señorita negra»; «Geografía en el cielo»; «Que trata del mendigo prodigioso»; «Tentación de sir Francis Drake»; «Relación de don Diego de la noche»; y «Rubí de América». Y aunque parezca un detalle ocioso, justo es señalar la hermosura de las denominaciones de estos poemas.

Largo sería comentar cada uno de ellos con cierta hondura, a pesar de su brevedad. La poesía es un pez-aguja, un pez que burla todas las redes y ¡cuántas veces como la terrible y voladora aguja, no se ha vuelto contra el pecho de los que tratan de cogerla? En este sentido tuvo razón un compañero de jornada, Juan Negro, cuando nos dijo: «La poesía es la rosa que nos degüella».

Los defectos del libro, comparados con sus virtudes, son relativamente pequeños: poco ritmo en el poema «El octavo día»; pobreza de onomatopeya en otro intitulado «Las manio-bras»;

«Un, dos
un, dos.

Los soldaditos
muelen
la mañana
en un tambor...

El escuadrón
de azabache
contra diez
de otro color».

Del mismo modo, alguna influencia marcada e innecesaria de Rafael Alberti, como ser:

1—Viento contra viento.

Yo, torre sin mando, en medio.

(Los ángeles bélicos)

2—Yo, con el aire,
en un barco.

Tú, patinando
en otoños».

Empero, pese a estas contingencias y a alguna otra, «Vecindario de Palomas» es un libro que ha de quedar como una de las obras bien dotadas de nuestra poesía en su género.

XIX

Nimbo de piedra, por Juvencio Valle. Este libro obtuvo el primer premio en el tema de poesía del certamen abierto con motivo del cuarto centenario de la ciudad de Santiago de Chile. Dada su alta calidad poética, esta resolución ha sido, no sólo una merecida ejecutoria para el poeta, sino también para los señores Manuel Rojas, Manuel Bunster y René Frías Ojeda, que integraron el Jurado en dicha categoría.

Nos excusamos de comentar la obra en esta oportunidad, ya que por acuerdo de la I. Municipalidad de Santiago, se dispuso que este libro no podía concursar en el certamen municipal correspondiente al año de 1941. Resolución que se tomó, posiblemente, para evitar una presunta acumulación de premios.

XX

Ver y Palpar y El Ciudadano del Olvido. En 1931, Vicente Huidobro publicó, en Madrid, su libro «Altazor». A partir de aquella fecha, el poeta guardaba un hermético silencio editorial. Muy raro en esta época en que impera una inextricable baraúnda de papel impreso. Y ¡cuán grato nos ha sido constatar que la magnífica línea poética de «Altazor», no sólo se prolonga, sino que se ahonda y supera a través de estos dos libros, capitales en la obra de Huidobro y de la poesía chilena contemporánea. Debido a su importancia, vamos a hacer un estudio separado de ellos, que daremos a las prensas próximamente. En consecuencia, en este zodiaco, valga en esta referencia.

COROLARIO

Hecho el balance espiritual, ahora nos cabe señalar nuestras conclusiones, y en el caso que nos ocupa las hay de dos

clases: jurídicas y literarias. En el primer aspecto, teniendo a la vista los reglamentos pertinentes, la resultante es obvia: el Jurado compuesto por los señores Mariano Latorre, René Frías Ojeda y Nicanor Parra, no tenía facultad para declarar desierto el premio y, más aún, tomarse una atribución no reglamentada, como la de parcelar esta recompensa en tres menciones honoríficas y dar \$ 3,333.— en dinero efectivo para cada una de ellas.

En cuanto a la faz literaria de este fallo, se desprende, a la luz de los pacientes e imparciales estudios que exhibimos en el presente zodiaco, correspondiente a toda la producción poética del año 1941, que el veredicto ha sido sobremanera errado. En efecto, los libros de más alta calidad publicados en dicho año, por orden de méritos, eran los siguientes: «Ver y Palpar» y «El Ciudadano del Olvido», por Vicente Huidobro; «Nimbo de Piedra», por Juvencio Valle y «Vecindario de Palomas», de Andrés Sabella.

Sabella, presentó su obra al certamen y no fué considerada por el Jurado, siendo que éste premió un libro del mismo género, o sea, de poesía para niños, muy inferior al de Sabella, aludimos a «Pájaro y Flor» de Róbinson Saavedra Gómez. En lo que atañe a las otras obras, la de Juvencio Valle, «Nimbo de Piedra»—como ya lo advertimos—estaba excluída del concurso por resolución municipal, de dudosa legalidad, por cierto: y en cuanto a los libros de Vicente Huidobro, si bien no fueron presentados, huelga decir que antes de declarar desierto el premio para el año 1941—por no considerar bastante el de Sabella—el Jurado debió haberlos pedido, ya que estaba facultado para hacerlo.

En tal virtud, si se tiene en cuenta la gran calidad de los libros de Huidobro, publicados el año en que cumplía treinta de ininterrumpida labor creadora, resulta doloroso referirse a este malhadado fallo.

Empero, por el prestigio de nuestra poesía y con el debido respeto que nos merecen escritores como don Mariano Latorre,

el juez de mayor rango en esta oportunidad, sería de desear que el reglamento del certamen fuese reformado en el sentido de eliminar del Jurado al miembro que, año tras año, está representado por un regidor municipal y reemplazarle por una persona técnica en estas materias, con el fin de despojarlo del personalismo político que tanto daño causa en las cosas del espíritu.

Del mismo modo, hacer obligatorio para los jueces que consideren todos los libros, hayan sido o no remitidos por sus autores al concurso.

Finalmente, tenemos la certeza que nuestras palabras caerán con atributos de simiente en los hombres de buena voluntad. No hay en nuestra actitud un desconocimiento a las verdaderas jerarquías espirituales o políticas. Por el contrario, los que aspiramos a través del tiempo, poseer mañana una alta y limpia ejecutoria, sólo pedimos un poco de más justicia y estamos ciertos que «Atenea» abrirá sus páginas a nuestra voz.

A. de U.